

Proyecto Bicentenario

“José Artigas - Unión de los Pueblos Libres”

Luján Villegas | Maestra Inspectora de Educación Inicial.

Irene Quintana | Maestra Directora.

Miriam Lotito | Ana C. Prieto | Vera Castro | Andrea Martínez | Katty Rey | Mabel Núñez | Maestras.

Angelina Martínez | Tallerista.

Marta González | Maestra dinamizadora.

Juana Acosta | Natacha Mora | Humberto Cuello | Jacquelin Gómez | Participantes.

Jardín de Infantes de Tiempo Completo. Rivera.

Fundamentación

El Bicentenario debe superar la simple conmemoración, para convertirse en una oportunidad de construcción. Oportunidad para enriquecer la identidad de la Patria y emprender un camino que nos hermana en los valores de solidaridad, justicia y unidad nacional.

Interesa entonces presentar aquellos aspectos de la historia que atraigan más la atención de los niños, ayudándoles a desarrollar la comprensión mítica del mundo. Para lograr esto con nuestros niños de educación inicial, la narración es uno de los instrumentos intelectuales más valiosos (Egan, 2000).

Es en este nuevo paradigma que plantea la comprensión del mundo por el lenguaje y la interacción con los demás, que hemos fundamentado nuestro proyecto, creando para ello un cuento que permite cumplir los objetivos propuestos en un contexto significativo. Es pues un vehículo eficaz para situar al niño en el momento histórico, llevándolo a desarrollar

la imaginación para lograr que entienda los antiguos problemas de aquella sociedad donde inició su vida el Prócer de la Patria.

Comienza entonces la etapa preparatoria e indispensable para lograr un producto verdaderamente fundado en raíces históricas. Un tiempo para profundizar en una investigación bibliográfica extensa y variada. Este camino que nos resultó muy placentero, partió de la lectura del libro *Montevideo antiguo. Tradiciones y recuerdos*, de Isidoro de María, que realiza el estudio de esa ciudad colonial desde su fundación en 1824. Reconstruyó, pues, el cuadro vivo de esta pequeña ciudad y el diario vivir de su gente tan diversa en sus tradiciones, costumbres, mezclas étnicas y creencias. También Oscar Montaña, historiador, investigador y miembro del movimiento afro en Uruguay, permitió conocer y comprender los pormenores de la historia afro uruguaya, generadora de una riquísima cultura y base primordial para la trama de nuestro cuento.

Según Rostan (2002:15), de las fuentes no solo extraemos la información pertinente, sino que nos apropiamos de los conceptos procurando desarrollar estrategias que permiten explicar esas nociones con palabras propias. Al trabajar con diferentes fuentes es posible comparar distintas visiones, por lo tanto, problematizar el conocimiento.

La propuesta era incluir en esta creación también a Carlos Páez Vilaró, artista de nuestros días, como un homenaje en el año de su muerte, y esto era, sin duda, una “problematización” pues el tiempo y el espacio de la trama del cuento diferían diametralmente de la del artista de los acantilados. ¿Cómo unirlo entonces a la sociedad de mediados del siglo XVIII y relacionarlo con el nacimiento de Artigas? A través de las diferentes fuentes fue posible descubrir el hilo conductor que es, precisamente, el *candombe* que tiene sus orígenes en las prácticas rituales de los negros esclavos de Montevideo Colonial y fue evolucionando a golpe de lonja pasando por nuestros días rumbo al futuro...

No solo nos acercamos a la figura y al arte del pintor Pedro Figari en su trabajo acerca de costumbres y tradiciones de la sociedad de la época, sino que entramos en los espacios de Casapueblo para conocer la riqueza de la pintura, la escultura y la arquitectura de Páez Vilaró que, además, fue una figura muy destacada y reconocida en el *candombe* montevideano; él mismo pintaba sus tambores y desfilaba junto a otros grandes.

Es así que en las aulas de todos los niveles se plasmaron ideas inspiradas en este arte, surgieron entonces hermosas producciones plásticas utilizando diversos materiales.

«Elliot Eisner plantea que los contenidos de la educación artística deberán fundamentarse en las disciplinas artísticas (...) y desarrollarse con prácticas de taller en torno a “objetos artísticos” y a las “obras de arte” como fuentes de conocimiento y aprendizaje crítico que nos muestren las formas simbólicas de una cultura.» (apud ANEP. CEP, 2009:77)

Citando otro fragmento de nuestro Programa de Educación Inicial y Primaria (*idem*): «Se buscará educar la mano a través de la interrelación de la mano, la mirada y el pensamiento».



Proponemos estudiar la vida cotidiana de nuestra Época colonial, para que los alumnos conozcan las principales características de las sociedades del pasado.

Objetivos

Objetivo general

- Avanzar en la construcción de la identidad nacional.

Objetivos específicos

- Conocer algunos hechos de nuestra historia.
- Identificar cambios y permanencias en algunos aspectos de la vida cotidiana.

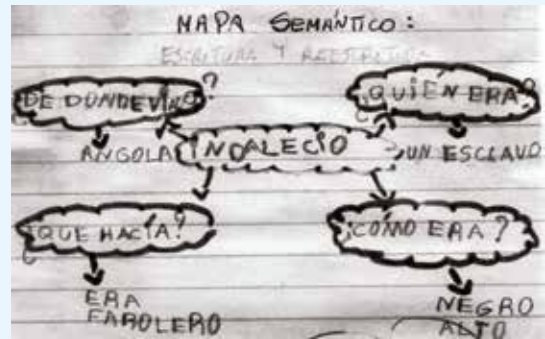
Selección de contenidos

Área del Conocimiento Social

Contenidos	Tres años	Cuatro años	Cinco años
Ética	-El lugar personal, el lugar del “otro” y el de “nosotros”.	-El lugar de “ellos” y de “todos”.	-Los estereotipos sociales, tradiciones... -Los vínculos de solidaridad.
Derecho			-El derecho a tener una opinión.
Historia		- Las identidades a través de los juegos de roles.	- La sucesión y ordenación del tiempo en el paisaje (presente/pasado). -La familia a través del tiempo en nuestro país: indígenas, afrodescendientes e inmigrantes. -La familia Artigas.

Área del Conocimiento Artístico

Contenidos	Tres años	Cuatro años	Cinco años
Artes Visuales	-El artista y su obra. -El retrato a través de la fotografía. -El dibujo.	-El pintor y su producción artística. -El retrato y el autorretrato en la pintura de diferentes artistas. -La pintura.	-El escultor y su obra. -Las texturas visuales y táctiles. -El modelado.
Música	-El timbre en la voz humana y en otras fuentes sonoras. -El pulso en las canciones.		-La música académica instrumental y vocal. -Los sonidos en la comunidad.
Teatro	-La representación de roles de la vida familiar.	-La representación de roles de la vida real.	-La representación de roles en situaciones de ficción. -El juego de sombras con el cuerpo y con objetos.



Registro de cuaderno (Cinco años A)
Contenido: Escritura. Los organizadores gráficos (mapa semántico)

Área del Conocimiento de Lenguas

Contenidos	Tres años	Cuatro años	Cinco años
Oralidad	-La conversación sobre textos de interés científico con apoyo icónico.	-La caracterización de los habitantes de la comunidad.	-La creación de cuentos a partir de personajes.
Lectura	-Las inferencias a partir de elementos paratextuales en textos de información.	-Las inferencias textuales en el tema global del cuento.	-Las inferencias organizacionales.
Escritura		-La secuencia nominal, lista de palabras. -Los sustantivos como clase de palabras.	-El código escrito. -Los organizadores gráficos.



Registro de cuaderno (Cinco años B)

Narrativa desde la dirección del Jardín

¿Cómo enfocar este año el Proyecto Bicentenario?

Verdaderamente esto nos preocupó mucho, hasta que otra vez surgió la propuesta de un cuento creado especialmente teniendo en cuenta que, este año, el Proyecto se centra en homenajear a José Artigas en los 250 años de su nacimiento, y el texto del logo agrega: “Unión de los Pueblos Libres”.

Este trabajo fue realizado por la maestra Mabel Núñez, quien previamente se abocó a una investigación bibliográfica que le insumió aproximadamente dos meses y medio. La ansiedad por conocer el texto fruto de este tiempo de estudio se sació al fin, a principios del mes de junio. Fue leído en una coordinación.

El cuento colmó las expectativas y se vio que su contenido se ajustaba al objetivo del Proyecto Bicentenario. Fue así que todos los docentes lo adoptaron para trabajarlo en sus respectivos niveles y también fue bien aceptado por los niños. Se interiorizaron de las costumbres, roles, ritos y tradiciones de la sociedad colonial,

y generaron cariño y simpatía por Indalecio, el personaje principal. También fue llevado a la expresión artística por la plástica y la danza, y como motivo para incursionar en la corporeización de ritmos africanos.

Luego fue representado con un intenso trabajo de niños y docentes. La narración del cuento fue realizada por la maestra Juana Acosta, efectiva en nuestro Jardín hasta el año 2012 en que se retiró luego de treinta y seis años de labor.

Una funcionaria no docente actuó en el papel de Indalecio, el farolero. También Adela estuvo muy bien representada por un miembro de la Comisión Fomento del Jardín, al igual que Páez Vilaró por un miembro del Consejo de Participación. También es justo destacar la dedicación de los padres y vecinos que se sumaron positivamente en la preparación de los niños y en colaborar con el montaje de la escenografía. En fin, esta puesta en escena de “El sueño de Indalecio” amalgamó a todos en un solo objetivo, para que el cierre provisorio del Proyecto resultara exitoso.



El sueño de Indalecio

El frío y el viento salado castigaban duramente a aquel angoleño de unos treinta años, alto y desgarbado. El color de su piel hacía juego con la noche de luna nueva. Las estrellas de sus ojos y de sus dientes cortaban la oscuridad.

Su clavícula izquierda, protegida por el burdo paño de un batón, era el soporte de una pesada escalera y su mano derecha, la tenaza que sujetaba una antorcha de paños engrasados y humeantes que alumbraban el piso y pintaban la sombra de sus largas piernas.

Las calles eran en sí un peligroso mundo. Arriesgaba ser atacado por alguno de los perros que frecuentemente merodeaban en la oscuridad, o hundir sus pies en las hondas huellas de carros de aguateros y de pesadas carretas que ingresaban desde extramuros con leña para el fuego o con piedra para la construcción de viviendas.

Los faroles de aquella pequeña ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo esperaban la antorcha encendida de Indalecio, el farolero.

Al llegar a la esquina de San Luis y San Fernando baja la escalera ubicándola a cierta distancia de la pared de piedra o adobe, apoya el extremo superior muy cerca del farol que debe encender... Sube luego, deshollina el pabito engrasado del candil, lo toma entre sus dedos y lo tira hacia arriba; revisa el depósito para asegurarse de que tenga sebo suficiente, entonces acerca su llama y en segundos aquel farol comienza a cumplir su función de luminaria. Así hace con todos; no obstante, a veces el viento los apaga y el farolero debe volver a encenderlos.

Con su escalera al hombro, baja hacia la muralla por la calle San Felipe.

La oscuridad es total. Solo su antorcha descubre pozos y zanjales llenos de agua y lodo. Quedan impresas las

huellas de sus pies hasta cerca del portón de San Juan. Desde allí puede oír el silbato del guardia siempre alerta, porque a veces algún “moleque”, amparándose en la noche, se arriesga imprudentemente a trepar la muralla para salir al exterior y cazar algún pequeño animal para venderlo o trocar su piel por algunos objetos que le interesen.

Excepto esas esporádicas aventuras reina la paz en la pequeña ciudad donde conviven colonos españoles venidos de las Islas Canarias y Tenerife y los africanos traídos como esclavos desde distintas regiones del continente negro.

Las familias españolas fueron estimuladas por su esfuerzo de venir a establecerse en estas tierras de la corona española, con un solar en la ciudad, una chacra en extramuros y una suerte de estancia en la campaña.

Los negros, en cambio, fueron brutalmente capturados y traídos en las peores condiciones de hacinamiento en las bodegas de los barcos de las compañías negreras que hacían de esto un lucrativo negocio, pues eran vendidos como esclavos a los españoles de la colonia.

“La travesía del océano fue muy dura”, contaba Indalecio mostrando extrañas cicatrices. “Éramos muchos, muchos en aquella maldita bodega. Todos encadenados, algunos gemían enfermos o heridos; clamábamos por agua o un pedazo de pan y los que morían eran tirados al océano como una cosa sin valor.”

No daba más explicaciones, y entonces sus ojos parecían buscar otro horizonte más allá de la muralla. La casa de doña María Rodríguez y don Felipe Pasqual, construida en piedra, techo de dos aguas cubierto con tejas, ubicada en la esquina de San Lucas y San Benito, llamó la atención al negro

farolero que advirtió que entrada la madrugada las luces de las velas permanecían encendidas en toda la casa.

El hombre pasó lentamente muy cerca de sus dos ventanas tras las cuales se advertían sombras que pasaban frente a la luz. Recién él mismo había anunciado las tres de la madrugada. Realmente, esa situación, a esa hora provocaba curiosidad... Caminaba preocupado pensando en esto y dobló hacia el fondo hasta el cuarto de los viejos. Allí, por el contrario, no observó luz. Se detuvo junto a una de las puertas de la casa grande que estaba entreabierta como si recién alguien hubiera entrado. Pudo ver a la abuela María que llevaba apurada una palangana, y en el brazo mucha ropa blanca que parecía recién planchada.

Con el pie, cerró tras ella la puerta del cuarto.

Al farolero le salió del alma su generoso espíritu de servicio. “¿Y si me necesitan?”, se preguntó confuso.

Parado allí observaba indeciso hasta que pudo ver que don Martín y Domingo, su fiel esclavo, estaban ocupados en prender el fuego sobre el que habían puesto un recipiente donde el negro ponía agua con un cántaro.

“¿Qué extraño!”, se dijo Indalecio y decidió ofrecer sus servicios por si era necesario. Golpeó tímidamente con sus nudillos en la dura puerta de cedro mientras decía: “Don Martín, don Martín, soy yo, Indalecio pa'servirlo”.

Vio que el hombre se dirigía hacia él, y serenamente le dijo que no era necesario su servicio pues el asunto radicaba en que doña Antonia, su mujer, iba a tener un hijo esa misma noche pero... estaba todo previsto e iba a ser asistida por su madre que allí vivía.

Entonces el sereno, tras una respetuosa reverencia, se retiró en paz.

Caminó una cuadra por San Benito hacia la muralla para reparar el pabito del farol casi apagado y agregar sebo en su recipiente. Observó calle abajo los demás que titilaban en una noche en que la luna no aportaba luz. Regresó y pasó de nuevo frente a la casa iluminada.

Más allá de sus grises paredes, un recién nacido respiraba ya el aire de San Felipe y Santiago y su llanto llegaba hasta los oídos y el corazón de Indalecio que sonreía...

Entendió entonces la razón de los preparativos en la casa, claro, ya estaba todo previsto: sábanas blancas desinfectadas con la plancha a brasas, también algún recipiente y, envuelta en pañitos blancos y muy limpios, una vieja tijera manejada por la mano de la abuela experimentada en el corte del ombligo, además de agua tibia previamente hervida para el baño de la criatura.

Contento, pues, el farolero encaminó sus pasos hacia la calle y se perdió en la penumbra.

Desde los torreones de la ciudadela, los soldados vigilantes observaban la luz de los faroles como estrellas de una extraña galaxia.

A Indalecio le faltaba aún completar su rol de sereno. Dentro de poco deberá anunciar la hora.

Todavía parece escuchar a cada paso el llanto del recién nacido. Él también es padre de un "moleque" que fue comprado por una familia canaria. En el verano lo vio acompañando a su ama y llevándole la sombrilla. La madrugada avanza y siente el dolor en sus piernas, ya debe anunciar la hora: "las ciiincoooy...muy fríooo".

Tras el último recorrido, Indalecio llega hasta su cuarto cuando el primer cañonazo del fuerte señala ya la apertura de los portones. Las negras lavanderas comienzan a salir con sus atados de ropa sobre la cabeza, la batea y la tabla hacia los pozos de la Aguada cerca de la Quinta de las Albahacas.



El carro del aguatero volverá con su barril de quinientos litros rebosante de agua fresca y limpia para vender por todas las calles de la ciudad, mientras gritará para anunciar su presencia. También varias carretas de verduleros que recogen sus frutos en las chacras de extramuros y vienen, lo más temprano posible, a pregonarlas por las calles.

Indalecio intenta entrar en calor entre las viejas mantas de su catre, pero la ciudad está en plena actividad y llegan nítidos hasta sus oídos los pregones tempraneros más diversos, que parecen querer ahuyentar el sueño al encendedor de faroles.

Su ama, desde el patio enlosado, imparte órdenes a los demás esclavos de la casa, y por eso el "moleque" sale corriendo para comprar la diaria ración de pan y roscas al panadero que pregonar por la calle San Juan.

Adela, la cocinera, hace sonar la madera de sus zuecos y apura su paso para comprar lo necesario para la comida, incluso la carne que es vendida desde la carreta parada frente al Cabildo. El negrito Julián corre con su balde de madera porque el aguatero ya se va: "¡Aguateerooo! ¡Agua fresca a medio real la canica!". Claro, el agua es un gran tesoro que no puede faltar.

Nadie en la casa tiene en cuenta que quien trabajó toda la noche ya apoyó su cabeza en la almohada de pajas, apagó sus dos faroles y tiene necesidad de dormir.

El episodio en la casa de doña María lo puso en estado de vigilia impidiéndole lograr un sueño profundo... Entonces comienza un desfile de escenas oníricas y ve a ese niño cuidado por Domingo, el fiel esclavo de la familia, que lo ayuda a dar sus primeros pasos, ríe y juega con él compartiendo rondas, rayuelas, otros juegos y más de una travesura.

Cuando tiene la edad requerida lo lleva todos los días al Colegio de los padres franciscanos.

Más tarde, el sueño vuelve a hacerse nítido y lo verá ya un hombre fuerte y hábil jinete, rodeado de una inmensa caballada y de gauchos, negros e indios charrúas que forman como una gran nube. De ella llueven boleadoras, lanzas, lazos y rayos de flechas, que tiran al piso a tantos hombres como jamás imaginó.

Y él, este niño que escuchó llorar, es entonces, en su sueño profético, el gran jefe de una gigantesca montonera de esclavos e indios charrúas que lo rodean y lo siguen llevando sobre sus cabezas un larguísimo lienzo lleno de estrellas.

Indalecio sabe que será el cielo abierto a la libertad de los esclavos como él y de los indios y de los gauchos que no saben leer, pero sí les redobla dentro del pecho la campana de la libertad para sus pueblos.

Cerca del mediodía aparece en la cocina como una sombra, el negro Indalecio.

Adela sabe con qué satisfacerlo y le ofrece entonces un trozo de pan del día anterior y una buena taza de leche tibia... Ella observa en él una actitud rara y siente que no es eso, precisamente, lo que el negro necesita.

Los aromas de la olla hirviente vagabundean por toda la casa y alcanzan el patio.

La cadena del pozo corre cantando entre el agua y el brocal. Indalecio no tiene apetito, pero entiende que debe alimentarse.

Piensa que dentro de algunos años será realidad lo que soñó.

El pan y la leche tibia lo animaron y volvió a la cocina para contarle a Adela su experiencia en la casa de Doña María. Apenas habló del hecho, ella interrumpió para hacerle saber que ya estaba enterada. "Hoy, cuando fui al mercado, hablé con Domingo, afanado en comprar carne de ave para hacer caldo para doña Antonia que tuvo un hijo varón. Ella tiene que estar fuerte porque pasado mañana lo bautizarán; se llamará José Gervasio."

Indalecio casi agrega: "cuando sea grande lo seguiremos y lucharemos junto a él y... ¡Seremos libres! ¡Libres, Adela, libres...!" Pero le pareció adelantarse demasiado, y además temió la risa burlona de la negra...

La tarde ondulaba su capa de nube gris. Allí, cerca de la muralla, los africanos de Benguela, los cabindas, moyolos, ukolos, angoleños y bantúes se reunían para cantar y bailar su folklore entonando a toda voz su: *ye, ye, yeee, Calungayeeelungaaa.*

Indalecio baja despacio por la calle San Carlos al sur, preparando su corazón al ritmo cada vez más fuerte de los tambores. Ignora que asiste, sin pensar, a otro juego del tiempo. ¡A otro nacimiento! Sí, pero esta vez no de un hombre, sino de una danza que también trascenderá los siglos con su golpe rítmico de lonja y, además, con el nombre de Ka-Ndombe del idioma kimbundu de las lenguas bantúes que se hablan en Congo, en Angola y en distintas zonas del continente africano.

Los negros gozan entonces de ese momento de esparcimiento y se alienan en su nostalgia.

Los tambores, improvisados con barricas de madera, calientan las palmas y el corazón trasplantado desde el otro lado del océano. Hay una extraña mezcla de cantos cristianos con ritos, voces y ritmos de la madre África.

Antes de la noche, Indalecio deberá volver para cumplir con su función de farolero, pero aún faltan algunas horas.

El hechicero bantú agita un grito gutural y prolongado, que traspasa las murallas y parece paralizar el agua de la bahía. Cree así despertar los espíritus de la naturaleza y dominar el tiempo. Extiende sus brazos flacos y deformes sobre el humo de un pequeño fogón, y los negros frenan poco a poco sus voces y movimientos para entrar en una pausa mística y silenciosa.

La gris humareda hace cerrar los ojos y doblar las espaldas.

Entonces, el anciano bantú hace salir de allí un enorme grupo de coloridas figuras que se mueven al ritmo cadencioso de invisibles tambores, mientras la voz gastada de aquel brujo lentamente decodifica el futuro...

La danza del Ka-Ndombe será adoptada por ciudades que no tendrán murallas ni esclavos.

El pueblo, cariñosamente cambiará su nombre por el de Candombe que reinará con sus tamboriles, sus colores y su alegría en la calle y en el corazón de los pueblos.

Vendrán desde muy lejos a integrarse a esta danza popular y callejera. Desde las costas llenas de gaviotas; desde el extremo de una sierra que se hunde en el mar...

Los dedos largos y deformes del viejo señalaban al sur mientras decía: "Allá, allá, allá habrá un hombre que habitará un lejano acantilado. Un hombre blanco habitante de una gigantesca casa del color de la espuma que como una niña moja sus pies en el agua salada.

Este hombre millonario en soles dirá que los guarda en la alcancía del horizonte.

Dominará con sus manos a muchísimos pájaros de colores y decorará con ellos muros y paredes. Los llevará con él más allá del océano y los dejará vibrando en muchos espacios como un testimonio de belleza y armonía. Este hombre de blanca piel vendrá con sus aves a posarlas en los tambores, y sus manos golpearán las lonjas y pasará el candombe por una nueva ciudad donde no será el farolero quien encienda las luces, sino que brillarán por sí mismas como grandes lunas iluminando las calles, anchas, y de piso duro y parejo.

En esta, y otras, y otras ciudades, el ritmo de esta danza será un grito de libertad y una promesa segura de integración."

Indalecio sintió pasar por su corazón todo este escenario de fiesta y alegría. Salió contento para encender uno a uno todos los faroles de San Felipe y Santiago

Imaginó que sus nietos vivirían en una ciudad más amplia e iluminada por raras lunas llenas de una luz muy clara y brillante. Al otro día conversó de este tema con Adela, que no podía imaginarse una ciudad que no fuera iluminada por la luna o por los faroles. Quedó pensativa mientras el negro, en voz alta, se imaginaba la ciudad del futuro.

Ella lo escuchaba en silencio, luego interrumpió bruscamente diciendo: “sabes, Indalecio, ¡esta profecía se cumplirá!” Y será el premio al sacrificio y sufrimiento de nosotros, los esclavos, y el ritmo frenético del candombe será el reconocimiento de que también ayudamos a enriquecer esta tierra.

Las palabras fluyeron como una corriente de agua limpia y una luz nueva le iluminó el rostro.

Indalecio de pronto descubrió que los ojos de Adela esperaban su mirada...

El sueño de la libertad se volvió tamboril en el corazón de los esclavos, y desde ahora la profecía comenzaba a cumplirse. El jarro de leche tibia y el pan de ayer tenían hoy otro sabor, y su mirada, otro brillo...

Adela se secó las manos en el delantal, lo miró con dulzura y le dijo casi al oído: “debemos animarnos a cumplir nuestra misión”.

Los años transcurrieron. Los hijos de Adela e Indalecio, esclavos también, contribuían con su trabajo a mejorar las condiciones de vida en la ciudad y soñaban, como sus padres, con una vida diferente.

Una mañana, cerca ya del mediodía, los sorprendió escuchar disparos de artillería pesada.

Aunque más allá de la cercanía de las murallas, el furioso tronar de cañones y otras armas puso en alerta a los habitantes de la pequeña ciudad...

Se enterarían luego que uno de los jóvenes Artigas, con un improvisado ejército de indios, gauchos y negros, le hacía frente a un poderoso ejército español obligándolo a rendirse.

“¿Cuál de los Artigas será?”, preguntó Adela.

El viejo esclavo, que aún conservaba muy clara su memoria acordándose del sueño, dijo con firmeza: “sin duda ninguna, ese es José Gervasio...”, y agregó: “Yo sabía, yo sabía que José sería el dueño de esta historia, rodeado de gauchos, indios y negros. Este es el principio...”

Los hijos y los nietos se fueron acercando hasta formar una rueda en torno a la pareja de abuelos negros.

La sabiduría de Indalecio y Adela no encontró mejor momento para demostrar que con ellos comenzaba un nuevo tiempo...

FIN

Bibliografía

ARDAO, María Julia; CAPILLAS de CASTELLANOS, Aurora (1991): “El escenario geográfico del artiguismo” en *Revista histórica*, Año LXXXIV, Tomo LV, N° 163. Montevideo: Museo Histórico Nacional.

DE MARÍA, Isidoro (1957): *Montevideo Antiguo. Tradiciones y recuerdos*. Montevideo: Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos, Vol. 23. En línea: <http://www.bibliotecadelbicentenario.gub.uy/innovaportal/file/55042/1/clasicos-uru-vol23.pdf>

DE MARÍA, Isidoro (s/f): “El caserío de los negros 1787-1816”. En línea: http://es.wikisource.org/wiki/El_caserio%20de_los_negros_1787_-_1816

EGAN, Kieran (2000): *Mentes educadas. Cultura, instrumentos cognitivos y formas de comprensión*. Barcelona: Ed. Paidós. Colección Temas de educación.

MONTAÑO, Oscar D. (2008): *Historia afrouruguaya*, Tomo 1. Montevideo: Mastergraf.

MONTAÑO, Óscar D. (s/f): “Candombe, herencia africana en el Uruguay” en *Portal Candombe*. En línea: http://www.candombe.com.uy/historia_seccion1.html

MONTAÑO, Óscar D. (s/f): “Las antiguas llamadas” en *Portal Candombe*. En línea: http://www.candombe.com.uy/historia_seccion6.html

MONTAÑO, Óscar D. (s/f): “Los tambores” en *Portal Candombe*. En línea: http://www.candombe.com.uy/historia_seccion7.html

MONTAÑO, Óscar D. (s/f): “Origen del candombe” en *Portal Candombe*. En línea: http://www.candombe.com.uy/historia_seccion2.html

MONTAÑO, Óscar D. (s/f): “Personajes típicos: Escobero, Mama Vieja, Gramillero” en *Portal Candombe*. En línea: http://www.candombe.com.uy/historia_seccion8.html

PEREDA VALDÉS, Ildefonso (1941): *Negros esclavos y negros libres. Esquema de una sociedad esclavista y aporte del negro en nuestra formación nacional*. Montevideo: Gaceta comercial.

ROSTAN, Elina (2002): “El trabajo con fuentes en la clase de Historia” en *Revista de la Educación del Pueblo*, N° 87 (Julio-Agosto), pp. 14-18. Montevideo: Ed. Aula. En línea: <http://www.mecaep.edu.uy/pdf/Sociales/Fuentes/EltrabajoconfuentesenlaclasedeHistoria.pdf>

ROSTAN, Elina (2003): “Las Ciencias Sociales y la escuela: desafíos y propuestas” en AA.VV.: *¿Qué enseñar? ¿Cómo enseñar?*, pp. 68-75. Montevideo: Edición de la Revista de la Educación del Pueblo. En línea: [http://www.mecaep.edu.uy/pdf/Sociales/Varios/Las%20ciencias%20sociales%20y%20la%20escuela\[1\].pdf](http://www.mecaep.edu.uy/pdf/Sociales/Varios/Las%20ciencias%20sociales%20y%20la%20escuela[1].pdf)

TORRADO, Ponciano S. (1965): “El tráfico de esclavos en Montevideo” en *Almanaque del Banco de Seguros del Estado*. En línea: <http://www.uruguayeduca.edu.uy/UserFiles/P0001%5CFi1e%5CE1%20tr%20C3%A1fico%20de%20esclavos%20en%20Montevideo.pdf>

URUGUAY EDUCA (s/f): “La esclavitud en Montevideo colonial. Testimonios de viajeros y cronistas”. En línea: <http://es.slideshare.net/Uruguayeduca/esclavitud-en-montevideo-8739736>

VISCA, Arturo Sergio (s/f): “Isidoro de María. Testigo-cronista del Montevideo antiguo”. En línea: http://www.autores-deluruguay.uy/biblioteca/Arturo_Sergio_Visca/lib/exe/fetch.php?media=visca_a._s._isidoro_de_maria._testigo_-_cronista_del_montevideo_antiguo_almanaque_del_banco_de_seguros_del_estado_1977_.pdf